

NOTA BIBLIOGRÁFICA

CORTÉS, J., *Diccionario de árabe culto moderno. Árabe-español*, Madrid: Gredos, 1996, 1.300 + 13 pp.

Es probablemente ocioso recordar que la lexicografía es terreno poco atractivo y escasamente cultivado, por la enorme cantidad de tiempo, esfuerzo y paciencia que requiere y los inmensos riesgos profesionales y hasta económicos a que se exponen sus cultivadores, lo que es inevitable si se tiene en cuenta que la redacción de un diccionario exige tomar literalmente millones de decisiones, de las que muchos miles son importantes y casi todas, criticables. Situación que se complica aún más cuando se trata de lexicografía árabe, debido a las particulares circunstancias de esta lengua en los aspectos diacrónico, diatópico y diglótico, lo que nos explica por qué existen pocos diccionarios de ella, monolingües o plurilingües, siendo todavía menor el número de los que pueden considerarse aconsejables. En España, concretamente, y si prescindimos de los balbuceos de precursores medievales y algunos meritorios, pero insuficientes esfuerzos, hechos a partir de la Ilustración o por nuestro arabismo colonial, curiosa y casi totalmente divorciado del universitario, es bien sabido que no hemos contado con un diccionario relativamente completo y utilizable en la docencia eficaz de la lengua árabe hasta el último cuarto del presente siglo. Ello no es tan sorprendente cuando observamos durante el mismo período una similar escasez o mala calidad manifiesta de material docente (gramáticas, crestomatías, etc.) para este aprendizaje, al que el arabismo español parece no haber concedido demasiada atención, en teoría, porque existían obras extranjeras que solventaban dicha necesidad, pero en la práctica con consecuencias graves, que se echan de ver a menudo en la calidad de los conocimientos demostrados de lengua árabe, de la docencia impartida y las traducciones publicadas, aunque hay naturalmente honrosísimas excepciones, ya que no por ahora una tendencia general y decidida a corregir tan básica deficiencia.

Este preámbulo, que puede parecer largo, ocioso y hasta, a nuestro pesar, molesto para optimistas totales, nos parece necesario, sin embargo, para ponderar debidamente la importancia de la contribución hecha por el profesor Cortés a la lexicografía árabe, en general, y a la docencia del árabe en nuestro país y otros de habla hispana, en particular. Sabemos los que hemos tenido la suerte de conocerle personalmente que este diccionario es la labor de toda una vida de dedicación a un objetivo, no único, pero sí muy prioritario, labor que ha conocido una larga evolución metodológica, dificultades materiales, técnicas e institucionales que han amenazado

con abortarla, pero que ha sido llevada a término felizmente contra viento y marea, con tesón, honradez y calidad en todo punto encomiables. Entre los rasgos más positivos del libro ahora puesto en nuestras manos debemos citar los siguientes:

1. Dedicado exclusivamente a la lengua estándar de la prosa de los siglos XIX y XX, ha ocupado el espacio liberado por material léxico e idiomático característico fundamentalmente de períodos anteriores y que se puede considerar obsoleto actualmente, con un caudal muy superior a cualquier otra fuente impresa española o extranjera, de lexemas y sintagmas acuñados o adoptados contemporáneamente y necesarios para la correcta inteligencia del uso actual. Lo que lo hace insustituible en aquellos centros dedicados especialmente a los estudios árabes contemporáneos o que les dan la lógica importancia dentro de una formación global de arabismo e islamología, o sea, prácticamente, en todas las instituciones de enseñanza superior o media, o equivalentes, que imparten dicha docencia en España y otros países de habla hispana.

2. La revisión de fuentes lexicográficas anteriores, reflejadas críticamente por el autor, contiene correcciones importantes a imprecisiones o incluso francos errores contenidos en aquéllas, lo que resulta particularmente patente en el caso de terminología zoológica y botánica, donde muchas veces no contábamos con identificaciones fiables, por lo que teníamos equivalencias sólo aproximadas, pero a menudo bastante inexactas. El profesor Cortés ha tratado de eliminar dicha imperfección recurriendo a obras científicas especializadas, incluso con identificación taxonómica de las distintas especies, sin más limitación, por supuesto, que la exactitud histórica de aquélla, que hoy puede estar aceptada generalmente, pero permanecer siendo dudosa en los casos peor documentados para el uso de siglos anteriores que, por otra parte, no compete a esta obra. Hay, por supuesto, otras correcciones indiscutibles a erratas de interpretación, de las que, como muestra, citaremos el ejemplo de *ağabiyyah* «horologio, breviario», interpretación correcta frente a «reloj de sol» en nuestro *Diccionario árabe-español* (Madrid, 1977), que responde al alemán *Horologium* del *Arabisches Wörterbuch für die Schriftsprache der Gegenwart*, de H. Wehr, voz que, al no ser recogida por los diccionarios alemanes habituales, interpretamos en su sentido latino laico y más común, en lugar de atender a su origen copto, lengua en la que *pi-acpia* es única y efectivamente «libro de horas, breviario eclesiástico», como recoge el *Coptic Dictionary*, de Crum (Oxford, 1939, p. 778a). O el ejemplo del dialectalismo egipcio *sibinsah* (< ing. *spece*, «despensa»), que el profesor Cortés traduce correctamente por «furgón de cola», donde se nos escapó un ininteligible «vagón freno», literalmente traducido del alemán *Bremswagen*, siguiendo el diccionario de Grossman, error en que no habríamos caído de contar con la traducción inglesa de W. Cowan del de Wehr, que, junto a *brake van*, tiene *ca-boose*.

3. La tipografía y presentación del libro, en sólo dos columnas perfectamente compuestas y de lectura clarísima, son impecables y marcan un hito de calidad, por delante incluso de los mejores logros del llorado y tan inmerecidamente yugulado Instituto Hispano-Arabe de Cultura en este tipo de empresas, aunque, por supuesto, ello conlleva un precio de venta un tanto elevado para bolsillos de estudiantes y ruinoso para los editores, en el caso de que los omnipresentes y avisados libreros piratas de Oriente Medio hagan a esta obra el honor de dedicarle sus saboteadoras pre-

ferencias: en el ínterin, y que sea largo, disfrutaremos todos con una obra agradable de manejar y fácil de leer, que buena falta hacía.

Habiendo, pues, manifestado claramente nuestro entusiasta aplauso a la obra re-
censionada, debemos entrar en el de las observaciones que presentamos, no como crí-
ticas, sino como sugerencias para posible mejora de una obra, que, por su excelencia
y utilidad, parece destinada a conocer sucesivas ediciones ampliadas y mejoradas,
como es el sino de todo buen diccionario.

Nuestra primera sugerencia se refiere al título. No dudamos que el profesor Cor-
tés ha debido cavilar largamente en busca de un nombre exacto y adecuado para su
obra, ni podemos ignorar las dificultades semánticas que entraña el corte diacrónico y
diglótico que en ésta hace por razones metodológicas, prácticas y legítimas, en el uni-
verso de la lengua árabe y sus formas, pero, así como nos parece relativamente tole-
rable y claro el adjetivo «moderno», por lo menos durante las próximas décadas, que
luego empezará a ser anacrónico, no nos convence el de «culto», como tampoco
nos convencería «clásico», una mera extensión sociológicamente inapropiada de latín
o griego «clásicos», ni «literario», que excluye el uso oral, para cuyo registro alto pre-
cisamente se creó la *'arabiyyah*. Está claro que se trata de diferenciarlo del árabe dia-
lectal (= *'āmmiyyah*, aunque éste se infiltra léxicamente en esta obra bastante, como
en todos los diccionarios de árabe estándar «moderno», lo que ya resulta contradic-
torio), pero no parece legítimo llamarlo «culto», porque ello implica *a priori* la iden-
tificación de «dialectal» con «inculto», lo que no es aceptable sociolingüística ni prác-
ticamente, siendo así que ni lo practican todos los árabes cultos, sino más bien una
minoría (y esto lo puede afirmar quien en las mismísimas sesiones ordinarias de la
Academia de la Lengua Árabe de El Cairo escucha a veces manifestaciones en algo
más próximo al dialecto egipcio que a la *fuṣṣḥā*), ni lo ignoran del todo los incultos,
pues lo utilizan, activa, aunque mecánicamente, cuando rezan, y pasivamente, al es-
cuchar actuaciones formales que, en cierta proporción, entienden. Por contra, el tér-
mino «culto» se presta a confusión con la expresión árabe *luḡatu muṭaqqafin* «lengua
de los cultos», con la que se designa una fórmula intermedia entre registro alto y bajo,
ni *fuṣṣḥā* ni *'āmmiyyah*. No siendo practicable en castellano una solución tan exacta y
elegante como la del alemán *Hocharabisch* (curiosamente coincidente con el antiguo
término de los lingüistas árabes, *alluḡatu l'ulyā*), y no pudiéndose exigir el uso tan en-
gorroso de «árabe de registro alto», parece más correcto seguir manteniendo la dico-
tomía habitual entre «árabe» sin ningún calificativo, para referirnos a la lengua de re-
gistro alto o estándar, y «árabe dialectal», para el bajo. Evidentemente, la forma
más sobria de titular una obra como ésta sería *Diccionario árabe-español*, con la po-
sible adición, entre paréntesis, de (*uso estándar moderno*).

Una eventual objeción a esta obra podría ser la excesiva presencia en ella de bar-
barismos, entendiendo por tales no voces alógenas morfofonémicamente asimiladas
por el árabe desde antes del Islam hasta ayer mismo (que es la distancia que media
entre el latinismo *ṣirāṭ*, «senda», y el anglicismo *film*, «película»), sino palabras de
lenguas extranjeras recientemente introducidas en algunos medios por necesidades
de la técnica o la comunicación, escasa o nulamente adaptadas a la fonología y mor-
fología árabes en su uso oral o meramente transcritas en el escrito, y que a menudo
carecen de equivalente nativo, ni siquiera neologismo académico. Hay que reconocer
que resulta sobrecogedor el espectáculo de la p. 953, v. gr., en la que hay una

sola palabra árabe entre todas las demás, barbarismos de esta categoría, y que uno se pregunta en qué contexto «árabe» se usa *bašqah*, que no es sino el turco *baska* «diferente», aunque lo traiga Wehr, o si un diccionario no enciclopédico, sino bilingüe y destinado a la docencia, tiene que incluir un nomenclátor geográfico universal, que incluya la transcripción al alfabeto árabe del nombre de cualquier aldea de cualquier punto del globo que aparezca citada en un periódico: probablemente no, y en algún punto debe trazarse la raya. Sin embargo, y precisamente, por ser una obra de carácter docente y no normativo, no creemos se deba condenar esta faceta suya, porque no se llega por lo común a extremos, y porque sabemos por experiencia cotidiana cuánto le cuesta al estudiante occidental reconocer palabras, técnicas o geográficas, que le son perfectamente familiares, cuando las encuentra en grafía árabe, siendo muy de agradecer, por el contrario, que se las retranscriba el diccionario.

Por el contrario, y hablando ya de transcripciones, aprovecharemos la ocasión de comentar un frecuente fallo, no sólo de esta obra, sino de casi todas las de su género. Nos referimos al hecho de que se dé a los barbarismos vocalizaciones más acordes con la pronunciación de la lengua original que a su posible realización en bocas árabes, lo que es siempre demostrable por la audición de su forma más generalizada, no naturalmente la más fiel y pedante que usan unos pocos: v. gr., ni Cortés, ni Wehr, ni nuestro *Diccionario* son fonémicamente correctos al dar para «marxista» el equivalente árabe *mārksī*, con una secuencia, imposible en fonología árabe, de tres consonantes, siendo así que normalmente se oye decir *markīsī*, y mucho más imposible es una vocalización como en la p. 479, *zluḫī*, para el nombre de la moneda polaca *złoty*, una transcripción obviamente libresca (la auditiva habría dado **zūḫī* que, según todos los indicios, se habría leído **zulūḫī*). Por razones similares hay que rechazar *kalkuttā* en p. 987, pues en árabe se ha dicho normalmente *kalkattā* (sic Wehr), no debiéndose la aparición de las formas con >u< en Occidente, sino a la ocasional transcripción inglesa de la /a/ de las lenguas de la India por su ʔuʕ (cfr. *pundit* por *paṇḍit*, del hindú *paṇḍit*, o el *curry*, que se nos está infiltrando, del tamil *kari*). También nos parecen inapropiadas en castellano ciertas transcripciones, por desgracia difundidas por la práctica periodística, pretendidamente culta y castellanizante, o por veleidades censurables incluso de algún académico, como el uso de la >j< castellana para transcribir tanto la /kh/ de algunas lenguas del Extremo Oriente (v. gr., *jemer* en las p. 327 y 990; *sij* en 552, donde se trata de la oclusiva velar aspirada tanto en camboyano como en hindí, en ningún modo equiparable a la fricativa velar sorda, por lo que resulta más sensato mantener «khmer» y «sikh», como mantenemos «ohmio» o «pathos»), o incluso para diversas fricativas sordas faringales o laringales («espiradas», v. gr., en p. 497; *suajili*, frente a formas más conservadoras y aceptables, como *Sahara* y *saharawi*, en p. 616). Por razones similares de simetría y coherencia, no son aceptables las transcripciones del hebreo *Sabuot*, en p. 480, y *kóser*, en p. 988 (por *š[ə]vuʕot* y *kāʕ/ā/ošer*), o el *pelvi* de la p. 865 (por *pahlavī*, una audacia increíblemente aceptada por la Academia, fabricada sobre el francés y caprichosamente amputada de una sílaba), aunque en todos estos casos hay que reconocer que el profesor Cortés peca en distinguidísima compañía y tiene todas las excusas que se pueden dar a la titubeante y mal informada tradición lingüística de los círculos semicultos españoles, a menudo esclava de sistemas extranjeros o de un mal entendido nacionalismo, productora de disparates ya difícil-

mente reversibles, como *Dien-Bien-Fu*, *Medina Azahra*, *jarcha*, *zéjel*, *moas/xaja*, *beréber*, etc.

Por lo que se refiere a otras cuestiones del uso castellano, en cuya crítica estamos ya inmersos, hay que anotar la presencia de algunas formas rechazables por inexactas, incorrectas o poco usuales, aunque a veces autorizadas o adoptadas por los textos o el espíritu de las últimas ediciones del D. R. A. E., v. gr., en p. 17, *narguile* (resultado de la audición e inoportuna corrección por algún académico, tras una estancia en Egipto u otro país árabe, de una acentuación llana, con olvido de que la voz es más bien aguda tanto en turco, de donde se tomó a través del francés, como en persa, camino por donde desde la India penetró en Occidente; *comandante romeo*, en p. 87 (en lugar del normal *bizantino*); *saba*, en p. 101 y 486 (por *sabeos*, forma que el autor reserva a la equivalencia del árabe *šābi'*, pero niega a *saba'*); *romanesco*, en p. 456 (por «de novela»); *ceilanés*, en p. 556 (que no existe en castellano y no parece ser identificado con la forma correcta, «cingalés», de la p. 540); *pita*, en 631 (por *pito*); *tuba*, en 669 (por el mucho más normal *tapia*); *aceite combustible* (en 873, por el académico *gasóleo* o coloquial *gasoil*), *congreso de exploradores*, en p. 153 (donde hay que entender por tales sólo a las reuniones de *boyscouts*), y el desconcertante *folllarse* por *ventosear sin ruido*, bien es verdad que también recogido por la Academia, pero hoy totalmente desaconsejable en el castellano de España. A este respecto es de notar que el profesor Cortés ha sido exquisitamente pulcro en evitar expresiones malsonantes, cosa que sólo podemos alabarle en tiempos en que la grosería verbal está de moda, como signo de progresismo, en los medios que uno consideraría menos idóneos, pero que tiene el grave inconveniente de excluir, como siempre se ha criticado al viejo diccionario de Belot, algunas voces de registro bajo, pero patrimonio del árabe de todos los tiempos (v. gr., *kuss*, «vulva», y *fiṣ*, «trasero»), y de no poner en guardia a un posible usuario árabe o español de este diccionario como medio de información acerca de los distintos registros sobre determinados matices semánticos y sociales que no carecen de importancia, como puede ser el no distinguir los niveles de aceptación social de *birāz* y *harā*, igualados como «excremento»; *ḍakar* y *zubb*, igualados como «pene», *wāqa'* y *nāk*, igualados como «yacer con mujer», etc., y confundir el verdadero sentido de *ḥawal*, hoy siempre grosero y, en realidad, «puto, sodomita pasivo» con un mero «afeminado», que es algo bastante distinto.

Otro aspecto en el que el profesor Cortés ha incurrido en descuido, sin ninguna necesidad, es el de las etimologías, cuyo último origen no tenía porqué precisar un diccionario de esta naturaleza. Pues no sólo es a veces asistemático en la decisión de señalar el carácter alógeno de ciertas voces, lo que omite en casos bien conocidos (v. gr., el castizo *qaṣr*, «palacio», del latín *castra* o el neoárabe *ṭaqm* o *ṭāqim*, «jaez, arnés; juego, etc.», del turco *takım*), sino que con cierta frecuencia confunde la procedencia inmediata o última de algunas voces, como, sin propósito alguno de exhaustividad, en p. 17, *urjuwān*, «púrpura» (dado como persa, en realidad hitita, a través de acadio y arameo); p. 28, *ifrīz*, «friso» (dado como persa, en realidad, griego, a través del arameo); p. 29, *afandī*, «caballero», y *afyūn*, «opio», y p. 34, *almās*, «diamante» (dados como persa, en realidad, griego); p. 43, *anbā*, «padre, abad» (dado como griego, en realidad, arameo); p. 65, *baḥṣiṣ*, «propina» (dado como turco, en realidad, persa); p. 115, *bīb*, «tubo» (dado como persa, en realidad, del inglés *pipe*); p. 153, *ḡamakiyyah*, «salario» (dado como turco, en realidad, persa); pág. 167, *jurnāl* (dado como turco, en re-

alidad, del francés *journal*); p. 343, *darabzīn* y variantes «balaustrada», y p. 354, *daf-tar*, «cuaderno» (dados como turco, en realidad, griego); p. 597, *sirwāl*, «pantalones» (dado como turco, en realidad, persa); p. 521, *saljam*, «nabo» (dado como persa, en realidad, copto); p. 669, *tābiyah*, «fortaleza», y 690, *tu'imāq*, «polainas» (dados como turcos; en realidad, del mismo origen romance hispánico que nuestra «tapia» y «tamanco»); p. 837, *farsah*, «parasanga» (dado como siriano, en realidad, persa) o, finalmente, p. 1081, *maḡāzah*, «almacén» (dado como turco, en realidad, del mismísimo étimo árabe de la voz castellana, pero a través del francés *magasin*). Verdad es que ni siquiera al etimólogo especializado es siempre fácil establecer los orígenes últimos y vías de transmisión de tales voces hasta fases más o menos antiguas del árabe, pero no lo es menos que habría sido más prudente omitir toda etimología de las voces más castizamente incorporadas al uso ya antiguo, y señalar meramente el origen alógeno de las neoárabes o sencillamente dialectales. En este aspecto incurre en otro pequeño defecto el diccionario del profesor Cortés, que, aun no teniendo pretensiones normativas, para evitar la confusión de registros por el estudiante, no debiera haber dejado de indicar el carácter meramente dialectal de ciertos términos, lo que no hace sistemáticamente, v. gr., en casos como p. 273, *ḥawwid 'alā yamīnika*, «tuerce a la derecha»; p. 286, *maḥbāyah*, «escondite»; 345, *dardašah*, «charla»; 351, *tadaššā*, «eructar»; p. 353, *duḡrī*, «derecho»; p. 357, *daffāyah*, «estufa»; p. 472, *zimlak*, «cabaña» (que aún daba Spiro en su *Arabic-English dictionary of the colloquial Arabic of Egypt*, pero que omite ya, seguramente por obsoleto, *A dictionary of Egyptian Arabic* de Hinds & Badawi), etc. En cambio, en p. 609 no es cierto que *yā šāḥi* sea un dialectalismo, sino un caso de *tarḥūm* o apócope en el más puro árabe antiguo.

En algunos casos puede ser cuestionable el orden en que aparecen las acepciones (v. gr., en p. 290, *muḥaddir* es hoy mucho más a menudo «estupefaciente» que «calmante»), o la atribución a una determinada raíz; así, por ejemplo, en la p. 56, *āyil*, pertenece en realidad a {ʔwl} de la p. 53; en la p. 153 no hay motivo que justifique la inclusión alfabética de *ḡāmūs*, que debiera darse dentro de {ḡms} (aunque sea voz de origen persa, cosa que el estudiante no tiene por qué saber y que, como principio coherente, exigiría graves alteraciones de la práctica habitual); en p. 26, *išfā*, pertenece en realidad a {šfy}; en la p. 152 reaparece un *ḡā'ibah* que ya está donde le corresponde, bajo {ḡwb}, y en p. 103 se fabrica una raíz biconsonántica {bn} para *ibn*, «hijo», que es inmediatamente desmentida por otros derivados que apuntan inequívocamente a {bny}, si bien hay que reconocer que los problemas de asignación de algunas voces anómalas a una determinada raíz no siempre tienen fácil solución en el diccionario árabe ordenado por raíces, siendo en estos casos lo más aconsejable no innovar sobre la tradición establecida, aunque todos hemos cometido ciertas inconsistencias en esta materia.

Como todos los diccionarios, contiene éste algunas inexactitudes que pueden y deben ser corregidas, v. gr. en p. 12, *aḥun šaqīq*, que todos hemos traducido por «hermano uterino» es, en realidad, «hermano de padre y madre»; en p. 28, «africāners» no son «sudafricanos de origen europeo», sino exclusivamente holandés; en p. 31, *akala rribā* no es «tomar a usura», sino «prestar con usura» (como se refleja en *ākilu rribā*, «usurero», correctamente entendido), y, en la misma página, *aklu lbaḥr* no es «tierra que se lleva el mar», sino «erosión marítima»; en p. 61, *bāyit* no es el inglés *bit*, sino *byte* en el lenguaje informático; en p. 87, *abātirah* no significa «epicúreos»,

sino «emperadores» (correctamente en p. 37); en p. 294, *harğah* no es «estrofa inicial en lengua total o parcialmente románica añadida a una composición lírica árabe o hebrea», sino estribillo final en dialecto andalusí o, excepcionalmente, en romance o mezcla de ambos, que cierra un *muwaššah*; en p. 335, *madabb* no puede obviamente ser «el bajo Nilo», sino su más alto curso; en p. 395, el término egipcio *rayyis* no está limitado a dirigirse a los taxistas, sino a los componentes de todo lo que solemos llamar sector de servicios; en p. 544, extraña se diga que el Sudán Francés «hoy forma con el Senegal la República de Mali»; en p. 771 no hay que pensar que *maʿmadān(i)* sea una voz árabe que signifique «bautizante, bautista», sino que, tomado literalmente del siríaco, se integra en el árabe cristiano como parte del nombre de Juan el Bautista; en p. 809 el ruso *гласность* no significa «apertura», sino «transparencia, notoriedad» (mientras que en 826, *iftitāḥiyyah* significa «apertura» en ajedrez, no «gambito»); en p. 859, *falāminkū* no significa «flamenco, andaluz agitanado», sino meramente el cante flamenco; en 957, *kūbrī* no debe entenderse como «cubierta», sino «bancada de una lancha», y en 981, *ikfāʿ* no es la disparidad de las vocales finales en la rima, sino de las consonantes. Aunque esta lista no es seguramente exhaustiva, no se puede decir que estas inexactitudes sean excesivamente frecuentes dentro de un texto tan extenso, ni está libre de ellas ningún autor de obra similar, ya que *quandoque bonus dormitat Homerus*.

Escasísimas parecen ser las omisiones de voces que modernamente circulan, aunque en una cala limitada, y como es natural y lógico, hemos echado de menos algunas, v. gr., *taʿfīl* o *taʿšīl*, «etimología», *zalāmiyyah*, «oscurantismo»; *istikbār*, «prepotencia»; *qaṭalānī*, «catalán» (documentado en textos andalusíes y habitualmente usado por los hispanistas árabes, lo que no es el caso de *qaṭālūnī*), o el plural *baṭāli-sah* de *baṭlīmūs*, «Ptolomeo».

Finalmente se detectan algunas erratas tipográficas, aunque hayan podido luego introducirse como datos correctos en el lugar alfabético correspondiente, v. gr., p. 4, *abīlā* (variante imposible del correcto *īblā*, «Ebla», de p. 55); *iṭāmīn*, «estameña» (*lege It*), la grafía con una sola *lām* del dual del relativo *allad-tāni* en p. 32; **buqḥah* por *buqḥah*, «paquete» (dos veces en p. 93); **baqam* por *baqqam*, «palo del Brasil» en p. 94; **jambiyah* en p. 181, por *janbiyyah*, «puñal», que figura correctamente en su lugar, **ḡunṭā*, «hermafrodita», y **ḡunṭiyyah*, «hermafroditismo», en p. 190, por las correspondientes formas correctas con *lh* en su lugar; **ṣubaydah* por *s/ṣabbīdaḡ* «jibia»; **Kandokar* por *Kandahar* en p. 943, y **mambú* por «bambú», en la p. 1108. Parecen estas erratas también escasísimas, lo que confirma la excelente calidad del trabajo y la escrupulosa minuciosidad con que ha sido llevado a término.

No nos queda, pues, sino felicitar al autor y esperar nuevas ediciones, ampliadas y mejoradas de este diccionario que no sólo es una obra monumental y utilísima, sino que, en nuestro caso particular, es tanto más bienvenida por cuanto aligera nuestros hombros de parte de la pesada carga de la responsabilidad de la lexicografía hispanoárabe que nos veíamos obligados a soportar casi en exclusiva y mediante un mero libro de urgencia que diversas circunstancias no permitieron posteriormente convertir en un producto más depurado y puesto al día. Aunque por lo que se refiere a los textos árabes no contemporáneos, aún permanece la laguna de un diccionario árabe-español mejor elaborado, tenemos que agradecer al profesor Cortés su estupenda contribución y solución a la faceta contemporánea de este problema.